

DA 787
A1
C75

—
ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY
—



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCIÓN
—

LA SUEGRA Y LA NUERA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10do 1625 MONTERREY, MEXICO

010368



I

Que suis-je, hélas! et de quoy sert ma vie?
Je ne suis fore qu'un corps privé de cœur,
Un ombre vain, un objet de malheur,
Qui n'a plus rien que de mourir en vie.

(MARÍA ESTUARDO.)

F NOCHECÍA ya, y la escasa luz que por las hondísimas ventanas de aquella alcoba inmensa penetraba, dábale un tinte tan pavoroso casi como lo era en realidad el drama aterrador que en ella iba á tener efecto.

Parecía aquello uno de esos sombríos cuadros italianos en que las sombras y tonos oscuros desvanecen y confunden las figuras, y sólo aparece á la vista un conjunto fantástico, que menos se ve que se adivina.

Destacábase en el fondo un enorme lecho con dosel y cuatro columnas talladas, semejante

en todo á esos catafalcos que llaman hoy camas imperiales. Á la cabecera distinguíanse tres figuras, dos sentadas y una de pie, que parecían espiar ansiosamente los menores movimientos del bulto informe que dibujaban las ropas del lecho.

Á los pies, y del lado opuesto, hallábase hundida en un gran sitio, una mujer de edad madura, que la luz crepuscular de la ventana bañaba por completo. Hubiérase dicho que era una estatua de alabastro, si el vivísimo fuego de sus ojos negros no brillara en aquel rostro exangüe, como una brasa encendida asomando entre cenizas.

Cubríala de pies á cabeza un largo brial de terciopelo negro, muy entallado, con anchas mangas perdidas, puños y alta gorguera de encajes, y adornaba su cabeza un extraño tocado, que ha inmortalizado la historia. Era una especie de escofieta de terciopelo, que caía sobre la frente en forma de pico, y elevándose en dos alas por uno y otro lado, recogía sobre las sienas sus negros rizos, y remataba por detrás en un amplio velo que caía por la espalda.

Á respetuosa distancia de esta enlutada figura, que tenía mucho de siniestra, hallábase sentada en un escabel otra señora ya anciana, vestida también de luto.

El silencio era profundo en la anchurosa estancia, y rompíalo tan solo un tenue quejido que á intervalos salía del lecho. Cesó de repente este quejido, y una voz débil, angustiada, como de niño mimado que se queja, gritó por dos veces:

—¡María!... ¡María!...

Este grito lastimero puso en conmoción á todos los que allí se hallaban. Incorporóse bruscamente una de las sombras de la cabecera, y extendió ambas manos sobre el lecho, como si impetrase al cielo. Inclínose la otra sobre la almohada dando gemidos, y oyéronse palabras cariñosas, murmullos de llantos y de besos. La dama de alabastro cubrióse el rostro con el pañuelo; la del escabel cruzó las manos con involuntario espanto, y dos nuevos personajes salieron entonces de la oscuridad, como si aquel grito angustioso les hubiese evocado.

Era el uno un hombre vestido de negro, que acudió presuroso á la cabecera del lecho; y era el otro un viejo muy venerable, de lengua barba blanca, envuelto en largo ropón de terciopelo carmesí, guarnecido de armiños.

Inclínose éste al oído de la dama pálida, y dijo algunas palabras en voz baja; contestó ella inclinando la cabeza afirmativamente, sin apartar el pañuelo de su rostro, y volvió á reinar la

misma inmovilidad, el mismo inquieto pavor, el mismo silencio, interrumpido tan sólo por el triste gemir del enfermo, y los convulsos sollozos de una de las sombras.

Entraron á poco seis lindos pajecitos que traían antorchas encendidas, y las distribuyeron por toda la estancia en altos antorcheros milaneses, de exquisita labor y delicada elegancia. Quedó entonces iluminado el sombrío escenario, y quedaron también á la vista los personajes de aquel drama que tocaba ya á su desenlace.

Entre las blancas ropas del lecho asomaba la lívida carita de un joven, casi niño, en que se veía pintada la crispación del sufrimiento, y se adivinaba ya la agonía de la muerte. Apoyada en la almohada misma del moribundo, y oprimiendo entre las suyas su flaca mano, hallábase una joven, casi niña también, que lloraba amargamente.

Era aquello un idilio que la muerte trocaba de repente en tragedia, sobre los flordelisados almohadones de un trono. Porque aquellos dos niños que la muerte separaba sin haber cumplido ninguno dieciocho años, eran los Reyes cristianísimos de Francia, Francisco II de Valois y María Estuardo, Reina ella también, por derecho propio, de Escocia.

Al lado de ésta hallábase la Duquesa de Guisa, Ana de Este ¹, hija del Duque de Ferrara, tía y Camarera mayor, como diríamos en España, de la desdichada Reina. Detrás de ambas aparecía la arrogante figura del Cardenal Carlos de Lorena ², apoyado en una de las columnas del lecho. Observaba el ambicioso Príncipe, con inquietud siempre creciente, el rostro del Rey, que por momentos se descomponía, y paseaba su mirada hosca de la cerrada puerta de la cámara á la impasible figura de la dama enlutada, que no era otra sino la Reina viuda de Francia, Catalina de Médicis.

Hallábase ésta sentada, como ya dijimos, de la otra parte del lecho, y tenía á su lado á su parienta y Camarera mayor la Condesa de Fiesque ³, ilustre italiana de la familia de los Strozzi.

El hombre vestido de negro, que asistía al Rey á su cabecera, era el famoso Juan Chapeláin, primer médico de cámara; y el viejo del ropón carmesí con armiños, el austero Miguel de L'Hôpital ⁴, Gran Canciller de Francia.

Estos eran los personajes de aquel drama que iba á tener allí su desenlace, como había tenido su principio aquella misma mañana, en la cámara real de la Reina María Estuardo.





II

Fla muerte de Enrique II de Valois, recayó la corona de Francia en su hijo primogénito el Delfín Francisco, casado dos años antes con María Estuardo, Reina de Escocia.

Dos bandos formidables, católicos y hugonotes, despedazaban entonces el reino, y otros dos, no menos poderosos y enconados, dividían también la corte: los Guisa y la Reina madre, Catalina de Médicis.

Enarbolaban aquéllos abiertamente la bandera de los católicos, y pretendiendo apoderarse del gobierno por el pronto, veían ya en el porvenir esperanzas fundadas de ceñir con el tiempo la corona al jefe de ellos, Francisco de Lorena^s, Duque de Guisa, llamado *el Balafre*, esto es,

el de la cicatriz, por la que le cruzaba el rostro de un lado á otro lado.

La Reina, por su parte, comenzó desde luego á desarrollar su astuta y tortuosa política florentina, de oponer á un partido otro partido, con el objeto de encresparlos entre sí, debilitarlos ambos, y llegar por este camino á su único y meditado fin de consolidar el poder real, en jaque siempre por los grandes y los herejes, destruyendo á los Guisa y aniquilando á los hugonotes.

Cierto que, influída Catalina por las perniciosas máximas de su paisano Maquiavelo, erró gravemente en usar tan sin escrúpulos de toda clase de medios. Mas su fin era el de todos los soberanos de aquel tiempo, y su mano de hierro supo mantener firme la corona durante treinta años, hasta que al morir ella, meses antes que el último Valois, la dejó caer éste en un charco de sangre, y la recogió Enrique IV. Catalina hizo ella sola lo principal y más difícil de esta obra de gigantes; terminóla Richeliéu, y la disfrutó Luis XIV.

Con estos amagos de horrible borrasca subieron al trono aquellos reyes niños que aún no habían cumplido dieciséis años. María, ferviente católica por una parte, y sobrina carnal de los Guisa por otra, como hija de la hermana de

éstos, María de Lorena ⁶, llamóse al punto al partido de su familia, representado entonces por los dos hermanos Francisco *el Balafre I*, y Carlos, Cardenal de Lorena, á quien por su mucho poder y autoridad llamaban los herejes *el Papa transalpino*.

Era entonces María Estuardo una niña traviesa, alegre como un jilguero, linda como un ángel, instruída y docta como un doctor de la Sorbona ⁷, é imprudente y ligera hasta el punto de atreverse á jugar con su suegra, con la inocente temeridad del niño de dos años que tirase de la cola á una pantera negra de Java, creyéndola un gato grande.

Á la muerte de Enrique II vistió Catalina un luto que llevó hasta el fin de su vida, y entonces inventó para su propio uso, el tocado que antes hemos descrito. Gustó á María Estuardo el invento; adaptólo á su rostro de ángel, y con grandes risas y fiestas trocó la severa escofieta de su suegra, en ese precioso adorno que, inmortalizado por pintores y modistas, lleva aún en el día de hoy su nombre.

Calló la suegra, fiel siempre á su divisa, *guarda é tace*, mira y calla; pero esta fué la primera partida que apuntó en la terrible cuenta que iba formando á su nuera.

Enamorada María perdidamente de su esposo,

y siendo de él con igual amor correspondida, no le fué difícil traer á Francisco II al partido de los Guisa. El Duque fué nombrado Lugarteniente del reino, el Cardenal de Lorena manejó á su placer las voluntades y conciencias del Rey y de la Reina, y Catalina de Médicis, postergada y humillada, añadió á su divisa, *guarda é tace*, otra más apremiante: *Odiate é aspettate*; odiad y esperad.



III



no tuvo, por desgracia, Catalina que aguardar mucho tiempo. Después de las ejecuciones de Amboise⁸, trasladóse la corte á Orleans, donde se reunieron los Estados Generales, y allí comenzaron á desarrollarse los sucesos que vamos refiriendo.

Una tarde volvió Francisco II muy desazonado de un largo paseo en barca por el Loire, y metióse en cama para no volver á levantarse nunca. Quejábase de fuertes dolores en los oídos y ruidos extraños en la cabeza.

Alarmado Juan Chapeláin, su primer médico de cámara, quiso consultar á sus tres compañeros de cargo, entre los cuales se contaba el

famoso cirujano Ambrosio Paré ⁹, tan justamente llamado hoy, *Padre de la cirugía moderna*. Convinieron todos en que el Rey tenía malos humores que le pesaban sobre el cerebro, y podían muy bien éstos penetrar la masa encefálica y hacer entonces la crisis inminente y extremo el peligro.

Mas no convinieron de igual modo aquellos sabios doctores en la manera de conjurar el riesgo. Ambrosio Paré afirmó rotundamente que él respondía con su cabeza de la vida del Rey, si se le permitía hacerle la operación del trépano, con el fin de extraer por la perforación del cráneo, los malos humores que le mataban; operación ésta muy extraña entonces, que el mismo Paré había perfeccionado y practicado ya tres veces con resultado siempre favorable.

Juan Chapeláin y los otros médicos, que según opinión de algunos, estaban ganados por la Reina madre, calificaron el proyecto del cirujano de temerario asesinato, y limitáronse á recetar inyecciones auriculares, que habían de atraer por aquellas vías, la expulsión de los malos humores.

Estimaba en mucho el Duque de Guisa la ciencia de Paré, por haberle curado éste la tremenda herida ¹⁰ cuya cicatriz le cruzaba el rostro, y persuadió á la Reina María para que adop-

tase la opinión del célebre cirujano. Vino en ello la afligida Reina, con la docilidad que mostró siempre á sus tíos; mas quiso antes juzgar por sí propia las razones de los médicos, y citóles aquella misma mañana en su real cámara.

Sucedía esto poco antes del mediodía, y atraídos por la gravedad de tamañas nuevas, poblaban ya en aquella hora la antecámara de la Reina, cuanto personaje importante ó curioso tenía entrada entonces en la corte de Francia.

Formaba la antecámara una gran pieza cuadrangular, con dos enormes chimeneas, una en cada extremo ¹¹. Abríase en el fondo la ancha puerta de la cámara regia, custodiada por dos pajes y dos alabarderos de la guardia escocesa. Á uno y otro lado de la chimenea llamada de honor, por ser la más próxima á la cámara, hallábanse de pie las damas de ambas Reinas, formando dos grupos distintos. Presidía las de la Reina María la Duquesa de Guisa, sentada en un sitial de alto respaldo; y colocada de igual manera la Condesa de Fiesque, presidía las de la Reina madre.

Entre el grupo de las damas y el que formaban los cortesanos, dejaba la etiqueta un gran espacio vacío, que sólo osaban franquear los Príncipes de la sangre, y los más grandes señores del reino. El Gran Canciller, el anciano

Cardenal de Tournón ¹², los Mariscales de Vieilleville ¹³ y de Saint-André ¹⁴, los dos hermanos Alberto y Carlos de Gondi ¹⁵, y otra porción de personajes de mayor ó menor cuenta, discurrían, todos de pie, por el resto de la antecámara, ora hablando, ora paseando.

En la cámara real hallábanse sentadas frente á frente la suegra y la nuera. Á derecha é izquierda de Catalina, estaban de pie los dos hermanos Guisa, el Duque y el Cardenal, inquietos, azorados y dispuestos al parecer, si necesario fuese, á cualquier acto de violencia contra la pérfida italiana, como llamaban ellos á la Reina madre. Ésta, impasible y como si ignorase lo que se iba á tratar y el peligro que ella misma corría, hizo ademán á los médicos de que podían tomar la palabra.

Ambrosio Paré, que era muy tímido, expuso su opinión balbuceando. Catalina hizo un gesto de espanto al oírle, y murmuró lo bastante alto para que los dos hermanos Guisa la oyesen:

—¡Poner la vida de mi hijo en manos de un hugonote!... (Paré lo era) ¡Jamás!...

Juan Chapeláin tomó entonces la palabra, y comenzó á refutar al famoso cirujano. Catalina no le dejó acabar: levantóse bruscamente, y con enérgica majestad, dijo:

—Tienes razón, Maese; y jamás consentire-

mos ni como madre, ni como miembro del Consejo de Regencia, que agujereen la cabeza del Rey de Francia, como se agujerea una tabla.

—¡Pero, señora!—gritó María Estuardo desolada.—¡Si es el último recurso!... ¡Si no hay ya otro remedio!...

Catalina cerró los ojos horrorizada, y sacudió con violencia la cabeza de uno á otro lado, como enérgica negativa. Lívido de rabia el Duque de Guisa, llevóla al hueco de una ventana, y hablóla en voz baja violentamente. Mas Catalina, rechazándole con un verdadero gesto de reina, á las pocas palabras que se dignó escucharle, dirigióse á la puerta de la cámara y la abrió por sí misma de par en par.

—¡Señor Canciller!—gritó imperiosamente desde el mismo umbral de la antecámara.

Levantóse en ésta un murmullo de sorpresa al ver aparecer á la Reina madre, y el Gran Canciller acudió presuroso á su encuentro. Catalina, de pie en el umbral, y con la deliberada intención de que la oyesen todos los que en ambas piezas se hallaban, añadió con gran firmeza, mostrando á los hermanos Guisa, estupefactos en la cámara de semejante audacia:

—¡Señor Canciller!... Esos señores quieren autorizar una operación horrible en la persona del Rey; y como su madre que somos, y como

parte del Consejo de Regencia, nos oponemos y protestamos contra ese verdadero crimen de lesa majestad!...

Levantóse en la antecámara un segundo murmullo de verdadero espanto, y el Cardenal de Lorena, vuelto en sí de su sorpresa, tiró de la Reina madre hacia dentro de la cámara, dejó pasar también al Gran Canciller, y cerró la puerta.

Mas no era Catalina de Médicis mujer que se intimidaba; y sin que su arrebatada violencia la hiciera perder un punto de aquella grave majestad que la distinguió siempre, formuló de nuevo y con mayor energía su protesta. ¡Nunca, jamás consentiría ni como madre del Rey de Francia, ni como miembro del Consejo de Regencia, en que semejante operación se hiciese!...

—¡Pues como Lugarteniente del reino que soy, yo la autorizo y ordeno!—gritó el Duque de Guisa fuera ya de sí—y aceptando la batalla frente á frente.

—Y yo no puedo impedirlo—dijo gravemente L'Hôpital.—Pero como Gran Canciller que soy, puedo y quiero hacer constar la solemne protesta de S. M. la Reina madre.

Agarróle coléricamente el Duque por el ropón al oírle, y dijo con irónica rabia:

—¿Y cree el Sr. L'Hôpital, que pueda y

quiera el Lugarteniente del reino deponer al Gran Canciller de Francia?...

No pestañeó el viejo, ni intentó siquiera desasirse del orgulloso magnate. Irguió su elevada estatura, y contestó con serena entereza:

—No lo dudo, señor Duque... Pero también tengo por cierto que sobran en esa antecámara nobles franceses capaces de prender al traidor que se atreviera á usar de violencia en la persona del Rey ó del Gran Canciller de Francia.

Echó el Duque mano á la espada, y hubiérase visto allí el espectáculo horrible y no extraño entonces, de una cámara real manchada de sangre, si el Cardenal de Lorena no le detuviera el brazo presuroso y angustiado.

—¡Tente, hermano!—exclamaba...—Donde hacen falta las obras, huelgan las razones... Deja que el señor Canciller haga constar lo que quiera, y salvemos nosotros al Rey en tanto.

Y mientras así decía, arrastrábale hacia el otro extremo de la cámara, donde se hallaban María Estuardo acongojada y Ambrosio Paré desfallecido.

Porque el cirujano, tímido de suyo, de constitución débil, y aterrado además por lo que había visto y oído á la Reina madre, tan temible en sus cóleras, había sufrido una ligera congoja. Hízole sentar María Estuardo, y presen-

tóle ella misma unas sales, ayudada por su camarera escocesa Dayelle, mientras altercaban los otros personajes.

El Cardenal, que nada había notado y tenía tanto valor civil, como valor guerrero su hermano, añadió lacónicamente, dispuesto á saltar por todo:

—Ambrosio Paré, vamos á la cámara del Rey.

—¡Imposible, señor Cardenal, imposible!— gimió el pobre cirujano. —Para hacer la operación se necesita antes que nada, calma, tranquilidad, pulso seguro y firme... Y ved, señor Cardenal, ved cómo me encuentro...

Y levantaba el infeliz sus dos manos, temblorosas y convulsas como las de un azogado.

—Pues cálmate, Maese—decía el Cardenal animándole. Á fe que tienes tiempo por delante... ¿Cuántas horas necesitas para descansar... una... dos... tres... cuatro?...

—Con esas y con que me dejen en libertad, me basta.

—Libertad tienes siempre á mi lado—dijo fieramente el Duque de Guisa. —Reflexiona que estás bajo la protección del Lugarteniente del reino y de la *verdadera reina* de Francia.

Y esto último lo dijo señalando á María Estuardo, y recalcando mucho las palabras.

—Pues en la cámara del Rey, dentro de

cuatro horas!—añadió el Cardenal como si lanzase el guante á la Reina madre.—Veremos entonces si conviene hacer la operación esta misma noche, ó puede aplazarse hasta mañana.

Al oír esto Catalina cruzó una rápida mirada con Juan Chapeláin, é hizo seña al cirujano Paré de que se le acercase.

—Mira, Maese—le dijo tan serena y cariñosa como si nada hubiera pasado.—Nunca hemos puesto en duda tu lealtad, ni dudado tampoco de tu ciencia... Ve á la cámara del Rey á la hora que te dicen, y reconócele de nuevo... Quizá varíes entonces de opinión, si tienes en cuenta, sobre todo, que te juegas la cabeza.

